

LA TRISTE VIDA DE UNA NUBE... de AIGAEM

Una nube aparece, está, se deja llevar por los vientos y desaparece. Surcan los cielos de colores azulados, negros si es de noche o de colores cálidos si la nube se persona en los amaneceres o atardeceres.

Cada nube es diferente, cada nube se encuentra en una situación distinta: Unas lloran y otras sólo pasan; unas son inmensas y otras son pequeñas y finas; unas se juntan y otras están distantes; unas caen muy bajo y otras están en las desmesuradas alturas, en la soledad del cielo vacío; unas están teñidas de oscuridad y otras son blancas o se dejan bañar por la cálida luz del sol en el crepúsculo; unas “viven” más y otras menos; unas fueron vistas por la gente y otras por nadie; unas aparecieron en preciosos parajes y otras en el inmenso y solitario mar o en vastos desiertos; unas fueron sólo humo causado por desastres y otras hechas pulcramente por la naturaleza...

Cada nube tuvo, tiene y tendrá su propia historia. Cada nube pasa por el mundo, aunque no por mucho tiempo, pero pasan efímeramente por los cielos. Nacen, viven y desaparecen. Nadie las recuerda, pocos se percatan de ellas; la gente las ve y siguen con sus vidas.

Las nubes nunca son objeto de rememoración.

Las únicas veces que son recordadas y contempladas son en fotografías en las que aparecen a un lado o les hacen fotos en primer plano porque se ven bonitas. Pero, normalmente son partícipes de una de las cosas menos importantes.

-¡Guau! Una nube, ¿qué de interesante tiene?- Afirmará la gente. Sólo las ven y no le dan vueltas.

Nadie las recordará, sólo aparecen y desaparecen. De hecho es un castigo que les da la misma vida: La “Damnatio Memoriae”.

La Damnatio Memoriae era un castigo antiguo de orígenes remontados en las primeras civilizaciones y que fue popular en los romanos, cuya finalidad del castigo era borrar y eliminar todo vestigio de una persona y hacer parecer que nunca ha existido ni pasado por el mundo. Destruyendo así, toda imagen, referencia, documento y memoria de una persona.

Así pasa con las nubes, desaparecen y no son recordadas jamás. Cada nube es diferente, cada nube pasa, cada nube desaparece en el inmenso cielo y tristemente

caen en el vacío del olvido, donde reina la Nada y la Inexistencia en su totalidad. Nada ni nadie se libra de la *Damnatio Memoriae* que la vida hace recaer en todo ser.

Vagan por el exorbitante cielo siendo movidas por la fuerza de los vientos, perdiéndose en un gran páramo solitario donde tarde o temprano van a desvanecerse hasta desaparecer. Sean grandes o pequeñas, longevas o nacientes. Van a terminar.

Así es la vida de una nube.

Ir y no volver, hasta no quedar ni un rastro de ella, sin ser vista y siendo olvidada para siempre.

Julián estaba en su habitación. Era un día oscuro, sólo miraba al cielo desde la ventana. Se sentía inmensamente triste. Sólo se oía su pesado y forzado respirar entre tanto silencio. Estaba agobiado de forma muda y con un pesante en todo el cuerpo en su habitación a oscuras cuya única fuente de luz era el negro día, que parecía un presagio de muerte y pesadez.

Julián pensaba que las nubes eran como los humanos. Julián dibujaba nubes en sus apuntes de clase; pues se la pasaba perdido en su mente durante ellas .

Julián escribió varias veces que las nubes eran como los humanos. Dicha comparación era sabia; las nubes son efímeras y diferentes, como los humanos o cualquier ser vivo. Pensaba en lo triste que era ser una nube, pero no tan triste como la vida de una persona; las nubes pasan por el cielo sin problemas y sin temores pero los humanos sí. Suena estúpido comparar la vida de una persona con una nube, pero es cierto. Ambas cosas son tristes y algún día seremos olvidados.

Julián era de madre y padrastro provenientes de Rusia; pues huían de ahí. No conoció de mucho a sus abuelos; pocos recuerdos tiene de ellos... Pero, ¿y los bisabuelos? No los conoció, ni sus padres tampoco. Simplemente fueron olvidados. Nadie sabe qué fue de sus vidas en sus días de gloria y luz, sólo murieron y nadie los recuerda.

Julián veía inútil vivir. Para qué vivir si una vez muertos todo lo que conseguimos la muerte nos lo arrebatará y nuestro legado desaparece o es minúsculo.

Los famosos o personas influyentes a lo largo de la historia, dejaron algo y tienen el privilegio de ser rememorados con algo que hicieron. Pero, ¿y los demás? Mueren y al cabo de unos cuantos años y un par de cortas generaciones son olvidados para siempre. Ahí la *Damnatio Memoriae* hace su deber; borrar de la existencia a todo ser que se pueda.

Julián miraba a las nubes con melancolía. Él deseaba ser una nube para vivir poco y sin dolor o una estrella para brillar y vivir mucho y sin dolor. Aunque ambas cosas no se escapan de su punto de vista; ambas son vidas tristes y solitarias pero no son conscientes de ello.

Se sentía extrañamente triste. A veces deseaba borrar sus pensamientos y memoria para vivir mejor. Con tan sólo diecisiete años sentía que lo había vivido todo.

Se sentía solo y sus planes a veces no medraban sólo por encajar en lo que para otros es correcto. Tenía muchas cosas en la mente que no paraba de dar vueltas; sus errores y malas pasadas eran normales en su mente, pues no le dejaban descansar.

Tenía amigos en los que apoyarse pero su sensación de culpabilidad no le dejaba abrirse y se revestía con un manto de luz, alegría y gracia para hacer pasar desapercibida su sensación de putrefacción.

De hecho él era visto como un chico extrovertido y amable de mirada perdida, gracioso y vivaz. Con gran mano para el dibujo y la pintura, manos ágiles al piano e inteligencia. En cuanto él se veía mal a sí mismo y como un desecho, feo, burro y un desperfecto por más que la gente destacara sus mejores cosas. Sólo recibía cumplidos por sus amigos y las veces que éstos lo hacían, ponía malas cara y decaía. No le gustaba.

Hasta los profesores decían que era un grande, pero no hacía caso. Se sentía hasta culpable por ello ya que no prestaba mucha atención y le parecía injusto que los profesores dijeran cositas bonitas de alguien quien se la pasaba perdido en clase mirando las nubes.

Su familia decía cosas buenas de él, hasta incluso tenían un perfil muy alto de su persona, lo cual lo agobiaba mucho y recaía sobre él un peso de responsabilidad muy grande que, como podía, intentaba hacerlo. Vivía afligido.

Odiaba las reuniones y comidas familiares. No se sentía apoyado y mucho menos arropado, con el miedo del rechazo por ser diferente a todos ellos.

Su madre era a ratos buena y amenazante. No tenía mala relación con ella, se querían, pero se sentía fríamente aislado de ella; pues era estricta y restrictiva años atrás e incluso hasta amenazaba con devolverlo a Rusia junto a su padre si era diferente a los demás niños, cosa que hizo un gran obstáculo en la relación entre ambos. Tampoco quería volver a Rusia por la mala infancia llena de maltratos y abusos que sufría a escondidas, cosa que callaba a muerte.

Su hermano mayor era la descripción de la indiferencia. Hacía lo que quería y su madre nada le decía; fumaba sustancias, tiraba las cosas como le daba la gana y a veces ni hablaba y, si lo hacía, lo hacía de muy mala manera. Nada le decían, pero si Julián hacía algo le caía el poder encima. Compartir espacio por mucho tiempo le agobiaba.

En su casa se sentía solo y sin el respaldo de nadie, su madre tenía más aprobación sobre su hermano que de él, aunque no son celos, pero lo veía como una injusticia. Lo único que hacía era limpiar cuando tocaba, servir a su madre y hacerle masajes cuando ésta los pedía.

Estaba bajo el yugo de su madre. Julián no pensaba ni en independizarse aunque quisiera, pues su libertad dependía de cómo se lo tomara su madre. Estaba atado

de alguna forma.

La única fuente de confianza que lo hacía sentir seguro y cómodo eran sus contados amigos y algunos profesores que lo alentaban y le daban caminos y alternativas. Pero veía inútil luchar para luego vivir con un gran vacío y pesante que lo hundía en la bruma.

Él era una nube.

Así se percibía, según su pensamiento. Había empezado a llover, el cielo estaba completamente negro, parecía de noche. Julián seguía pensando...

A él le encantaba dibujar, pintar y tocar el piano. Se refugiaba en esas artes, incluso fueron sus sueños frustrados. Le encantaba ver el cielo nocturno y salir a la calle. Se paraba a pensar en la triste vida de la gente; aunque fueran felices hay algo que les pesa y hace que sus vidas sean miserables y cortas a la hora de la verdad. Para luego morir y ser olvidados eternamente en un par de generaciones. Era triste.

Llovía mucho y fuertemente, hasta las nubes se movían violentamente.

Julián tenía ganas de llorar pero no podía. No puede llorar ni desahogarse; le cuesta liberarse de esa sensación tan espesa y amarga del pecho. Y ahí se hallaba, en su silenciosa habitación donde sólo se oía su forzada y pesada respiración. Y ahí se hallaba, frío y tieso. Con la impotencia de su ira queriendo salir corriendo y desquitarse los males. Estaba tan abotagado por dentro de la desesperación, que quería destruirse de la forma más violenta posible. La desesperación le pesa. Se mordía los dedos hasta hacerlos tronar, los labios hasta hacerlos hinchar y la lengua hasta hacerla sangrar.

Había parado de llover, las nubes negras se iban disipando y el sol salía con su luz por medio de las nubes. Dejando así un bello atardecer. Las nubes iban apacibles sobre el cielo, dejándose bañar por el dorado brillo del sol.

La gente salía a las calles después de todo un día oscuro y de atmósfera asfixiante. La calle donde vivía Julián era concurrida así que salió de casa para recibir el ligero aire que emanaba después de un día pesado.

Se fue por el centro de Zaragoza, viendo cómo la gente miraba el cielo, miraba a la gente disfrutar del momento; padres con sus hijos, novios, amistades pasando la tarde, personas solas... Y cada uno tenía su propia historia, su propia vida. Tan triste.

Se adentró en la basílica y habilidosamente ascendió a una de las torres sin ser visto, ya que lo hacía muy a menudo.

Al llegar tomó fotos al cielo, un cielo por un lado naranja con tonos rosados y morados y por el otro un cielo negruzco y azulado el cual fue vestigio de tormenta.

Miró a las nubes melancólico y se sentó recibiendo la ligera brisa que movía su pelo. Se sentía en su lugar seguro.

Mirar al primoroso cielo es como ver los deseos inalcanzados de la ominosa Vida.

Entonces se levantó y saltó desde la torre en pirueta. Lo último que alcanzó a ver fue una preciosa nube naranja.

Cayó al suelo mirando hacia arriba, sonando como un estallido. Reventando en el suelo dejando a la gente perturbada.

La gente que muere, sin importar la edad, acabará siendo olvidada y superada. Para algunos sería un borroso recuerdo de su miserable vida, para otros sería un trauma... Pero tarde o temprano serán olvidados y el tiempo seguirá.

Todos pasarán y todos serán nada. Caerán en el vacío del olvido, donde reina la Nada y la Inexistencia.

Todo lo que se fue, lo que se es y lo que se será se vivirá en vano, pues todo desaparecerá al igual que las nubes se desvanecen y son olvidadas por siempre jamás.

Qué triste es la vida de las nubes...